

Piedra viva

CARLOS PARDO



Copyright © de los textos, sus respectivos autores, 2011
Copyright © de las fotografías, Carlos Pardo & Blanca Sánchez (p. 10), 2011
Diseño y paginación: Manuel Ortiz Pintor

Para más información:
www.carlospardo.es
eltaller55@gmail.com

DEPÓSITO LEGAL: MU-578-2011

Impresión:
Nausicaä Edición Electrónica, S.L.
Apartado de Correos 2053, Molina de Segura (Murcia)



Piedra viva

CARLOS PARDO





El paisaje desnudo

PEDRO ALBERTO CRUZ FERNÁNDEZ

En numerosas ocasiones, he escrito que todos los géneros artísticos no son más que variaciones dadas al paisaje, pues todo es paisaje, incluso cuando es el cuerpo humano el que sirve de pretexto para la obra. El artista, el escritor, describen formas y establecen sus relaciones sobre un territorio susceptible de ser cartografiado, de ser convertido en mapa cuya lectura se ofrece al que contempla o lee la obra.

También, he defendido que esta reducción deviene del carácter autobiográfico, aunque el autor no quiera reconocerlo, que toda obra tiene, convirtiéndose así cada una en una parte del itinerario vital, en una porción visible que unida a otras configuran una superficie en la que queda plasmada la vida, el paisaje propio y personal.

El enfrentamiento —porque hay que ponerse frente a ellas— con las pinturas de Carlos Pardo me ha reafirmado en mis escritos anteriores y no porque, precisamente, sean paisajes, sino por todo lo contrario, ya que lo evidente a menudo suele ocultar la verdad de lo que se quiere decir.

Sé que lo dicho puede parecer confuso y que las obras de esta exposición, según la nomenclatura tradicional, son paisajes, pero mi punto de apoyo —y el del autor como se verá más adelante— no se encuentra ahí, en las facilidades dadas al discurso por lo que se ve.

Si abstraemos la mirada y nos olvidamos de esquemas —corsés que oprimen y asfixian la creatividad—, lo que aparece delante de los ojos y lo que incita a ver no es una reproducción, más o menos

PÁGINA OPUESTA
Estudio de sombra central II
100 × 81 cm (detalle)



Cueva de la Esperanza II
61 x 46 cm

elaborada, más o menos agradable, de un lugar determinado: eso no es paisaje, es un reflejo que puede engañar y tratar de sustituir al original sin conseguirlo; lo que vemos en el soporte es la realidad del pintor, su verdad descrita a golpe de manchas, a pasos de color, y construida desde la necesidad personal, porque no se debe olvidar que se habla de autobiografía.

Ese paisaje interior —todo lo exterior queda interiorizado desde el momento en que se asimila lo visto— exteriorizado, sufre un proceso de depuración, que en algunos casos dificulta las referencias, y en los que las explicita deja bien claro que sólo tienen sentido en el contexto del discurso personal, del mapa vital, dirigido a poner de relieve lo más importante, aquello que dota a la materia de esencialidad.

Y el pintor, como dije antes al hablar de eliminar lo obvio, construye paisajes en apariencia desestructurados, faltos del armazón retórico, pero llenos de una fuerza que rebosa y se expande hasta trasgredir los límites del cuadro, hasta ser algo nuevo, distinto en la concepción porque su autor se desnuda y los desnuda —el aporte autobiográfico— en un ejercicio valiente de libertad demandado por la necesidad expresiva.

A Carlos Pardo no le interesa mostrar sus conocimientos pictóricos —y los tiene y muchos—, convertir la obra en un exponente del oficio. A lo que quiere llegar, y lo consigue, es a la eliminación casi total de los recursos habituales sobre los que se ha apoyado el paisaje, a dejarlo desprovisto de la anécdota y convertido en experiencia. Suprime, para ello, la envoltura, saca a la luz la osamenta y la dispone en una apariencia caótica, con tal fuerza y atracción que hace volver a degustar el paisaje y olvidarse de los prejuicios.

Todo es paisaje y, después de dialogar con la obra de Carlos Pardo, me reafirmo en ello, me identifico con su desnudez y con la actitud decidida que le ha llevado al borde del precipicio —a esa situación en la que muchos sopesan el riesgo del siguiente paso— para, desde él, mostrarse desnudo y unido a lo que ahora saca a la luz para que sea visto por otros ojos, y participen del «vértigo» que supone verse libre de las pesadas vestiduras de lo convencional.

Cueva de la Esperanza I
50 × 61 cm



Gran pared
50 × 61 cm









Carlos Pardo, aquel día lejos y cerca de El Marchalico

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

Dijo Hua Ta Mi: si buscáis las formas de la armonía no os engañéis con la armonía de las formas, sobre todo de algunas de ellas.

En la pintura, siempre, el acto primigenio de la creación —en las raras ocasiones en que llega a producirse—, es el desenlace que ha impuesto una especie de prodigio que permanece en el origen de la luz que ciega e ilumina, que paraliza e impulsa, que nos toma y ampara..., y es así tal como se nos evidencia en los cuadros de Carlos Pardo por la presencia de una tensión que ha sido impuesta por una angustia liberada de lindes que unen y separan al emerger, con pujanza, con grandeza, desde una resistencia que se ha desprendido de las condiciones que impusieron unas fuerzas desconocidas..., y así llega a ser para que, a continuación, el aliento que tensa y vivifica esa realidad emergente pase a mostrarse a través de una estructura que ha sido ordenada sobre unas formas armoniosas que han pasado a ser necesarias...

Carlos Pardo, un día que todavía permanece en su memoria, con conciencia de que había andado los pasos que le habían llevado al umbral de lo que había de ser una nueva andadura, dio en emplazarse ante un lienzo que parecía estar esperándole con de-

PÁGINAS 8-9
Piedras del Marchalico
81 x 100 cm (detalle)



El puntal
61 x 50 cm

safío y atracción propia del abismo, y con la seguridad y verdad que se acogían a su convicción de pintor, descargó en él un golpe certero del pincel cuadrado que empuñaba en su mano, y esperó la respuesta que merecía aquel acto destemplado y cálido a la vez para ya, en su soledad y en su silencio, continuar asentando otro golpe de pincel a otro golpe de pincel, y a otro y a otro..., y con ello vino a establecer lo que pronto pasaría a ser una forma alzada sobre veladuras y transparencias en lo que ya era diafanidad y lustración que añadían conocimiento...

En un primer momento, su mirada buscó la guía de los apuntes tomados en el paraje de El Marchalico, un pedregal fundido y confundido por el sol de Almería y en el que se había perdido un buen día por gustar dejarse llevar de los pasos que asientan el trazo de los caminos. Después, las imágenes mentales, chocando entre ellas, sobreponiéndose unas a otras, le llevaron a aquel día para que impusieran su condición de paisaje, y sobre lo que ya, vino a ser una realidad de pintor en la que aquel roquedal y aquel desierto hicieron su aparición en una presencia sustantiva.

Y a aquel primer cuadro de Carlos Pardo, sobre la aplicación de distintas paletas de colores, sobre planos y recovecos en los que las luces y sombras de las piedras aparecían y desaparecían en juegos de apariencias dislocadas, y en el que el cielo quedaba poco menos que desplazado a una presencia testimonial..., siguieron otros en lo que ya era una aventura sostenida por los anclajes de la aventura misma, la única que es válida y posible, aquella que impone y cumple las condiciones propias de todo acto de creación, y como tal, en la que se afirma una estética de formas rotundas y de colores determinantes que dicen de una realidad en la que la naturaleza, todavía, se muestra poco antes de retirarse para dejar paso a la pintura en su plenitud, en su contundencia de presente que se niega a dejar de serlo porque ya ha pasado a ser presencia eterna, a sernos necesaria.

El arma de la fortaleza

PEDRO SOLER

Cuando se escribe sobre pintura, lo usual es comentar la suavidad, el cromatismo, el dibujo, las formas, los estilos..., pero ignoro cuantas veces he podido leer que la obra de un pintor se yergue sobre la fortaleza. ¿Tan inusual es esta palabra aplicada a la pintura? ¿Tan innecesaria es o tan equivocado se puede estar, a la hora de aplicarla? Es posible, porque, como tantas veces habría que decir y repetir, pocos saben qué será de un artista que empieza y cuáles son las facultades que le asisten, a la hora de permanecer y sobrevivir sobre una profesión —¿está bien traída la palabra?— que debe esperar muchos años, incluso siglos, para ser reconocida en toda su veracidad sobre no pocos de sus más fervientes ejecutores. Todo esto para comentar la obra de Carlos Pardo.

Hasta no hace tanto me había parecido —¿soy tan osado al exponer lo que sigue?— un joven cultivador de la pintura, como mé-todo personalista de cegar la familiar tradición, arrastrada desde su abuelo, su tío y su padre, aquel Perico Pardo, escultor y compañero de tan entrañables aventuras juveniles. Pero igual que puedo parecer osado, por no silenciar tamaño parecer, hoy, tras el paso no muy extenso de tiempo, digo, con el riesgo y la seguridad que muchos pueden utilizar como desatino, que renunció de mis pasadas teorías sobre un pintor, afortunadamente todavía



La esperanza
61 x 46 cm

joven. Es ahora cuando he percibido en su obra esa fortaleza, que proclamo, acompañada de intensa hermosura y persistente inquietud.

Igual da, no lo que uno opine, sino cuanto vaya brotando de los pinceles de Carlos. En su estudio, y en un ambiente propio del artista que considera que su trabajo es más importante y más necesario que el orden y el concierto, se mezclan, como abigarrado mundo de ensueños, paisajes, desnudos, retratos, bodegones... Hay donde elegir y donde captar una impronta auténtica, una efervescencia cromática y esa asombrosa fortaleza. En todos hay un brote de sinceridad, propia de la trayectoria de Carlos Pardo, que no ha sido rota por contrariedades de ningún tipo, ni tampoco por las sensaciones negativas que cualquiera haya podido verter, más o menos disimuladamente, en el entorno que el pintor ha convertido en sagrario de su entregada pasión.

Sobre Carlos Pardo se ha impuesto una franqueza artística, que se sitúa por encima de las circunstancias que, en no pocas ocasiones, son las que convierte a pseudoartistas meritorios—si acaso, meritorios—en estrellas de un arte puntual, fortuito y, sobre todo, productivo.

En este momento de claras confesiones, me atrevo a decir, con mi nombre y apellidos, que Carlos Pardo seguirá tropezando con no pocos inconvenientes para alcanzar el punto que su obra se merece. ¿Lo logrará algún día? Quizá, porque sobre cualquier pretensión se impone su voluntad pictórica.

En este trance de desahogos quiero entregarle una admiración, que no surge por paternalismo, ni amistad, ni comercialización del sistema. Surge, porque es inevitable aceptar lo que se considera evidente.

Catálogo





GEVAS
81 × 100 cm



PIEDRAS ROTAS
100 x 81 cm



EL MARCHALICO
130 x 196 cm



PIEDRAS DEL MARCHALICO
81 x 100 cm



TARDE Y CASAS DEL MARCHALICO
81 × 100 cm



ESTUDIO ROJO PARA UNA PARED LISA
100 x 160 cm



ESTUDIO DE SOMBRA CENTRAL I
100 x 81 cm



ESTUDIO DE SOMBRA CENTRAL II
81 × 100 cm



ESTUDIO DE OCRES
81 × 100 cm



DESPRENDIMIENTO
81 x 100 cm



ESTUDIO DE VERDES I
81 × 100 cm



ESTUDIO DE VERDES II
81 × 100 cm



ESTUDIO DE VERDES III
81 x 100 cm



LA PALOMA, ESTUDIO DE GRISES
74 × 116 cm



PIEDRAS BLANCAS I
100 x 81 cm



PIEDRAS BLANCAS II
81 x 100 cm



CANTERA DEL PUNTAL
90 × 130 cm



PIEDRA CAÍDA
100 x 81 cm



TIERRA NARANJA
81 x 100 cm



PUERTO DE LA CADENA I
81 × 100 cm



PUERTO DE LA CADENA II
81 × 100 cm



PUERTO DE LA CADENA III
100 × 81 cm



PUERTO DE LA CADENA IV
81 x 100 cm



CORVERA
74 × 116 cm



RAMBLA DE CORVERA I
146 × 114 cm



RAMBLA DE CORVERA II
130 × 97 cm



RAMBLA DE CORVERA III
100 x 81 cm



VOLADURA DE LA CUEVA
100 x 81 cm



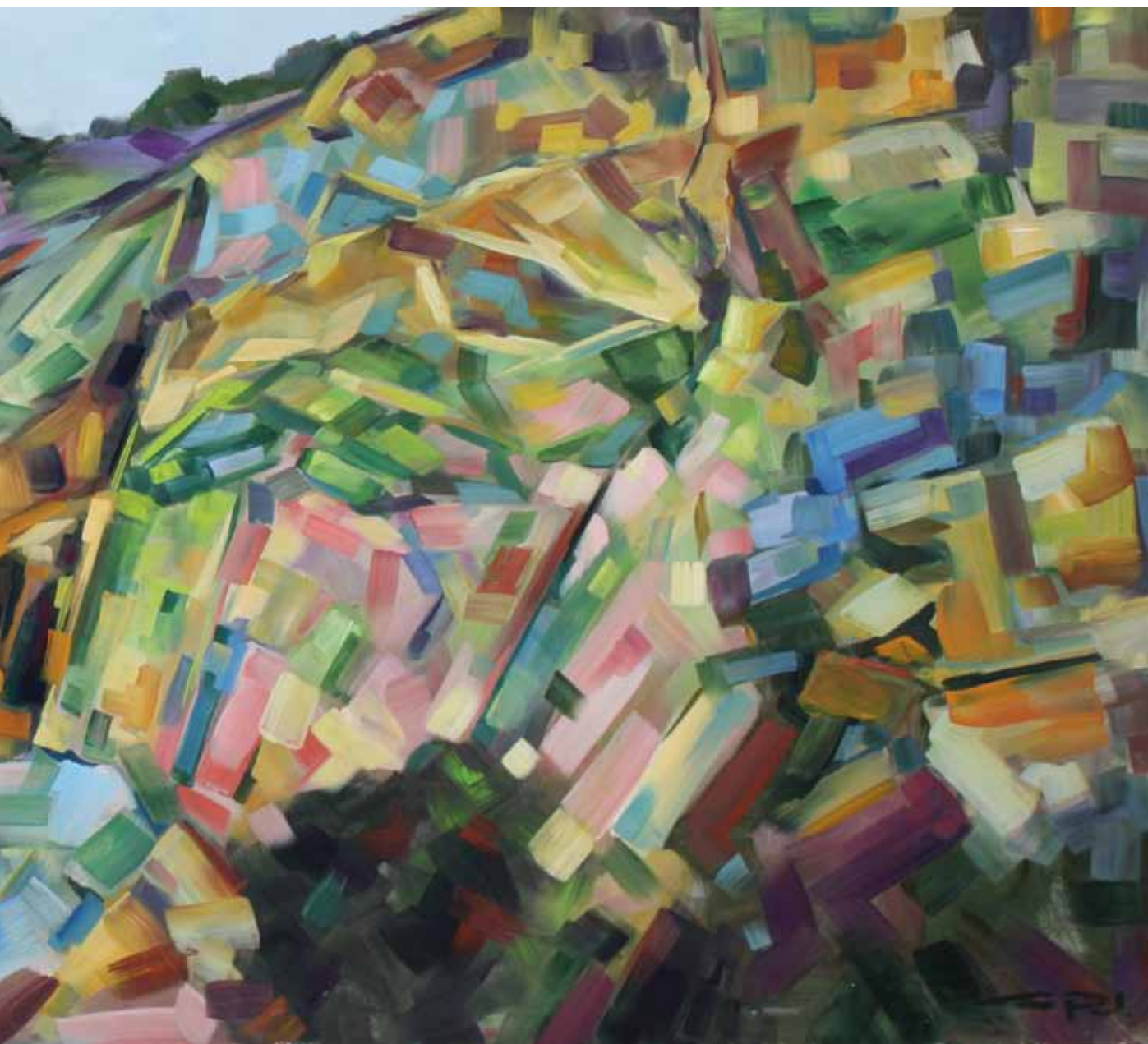
PAISAJE CON PLÁSTICOS
81 x 100 cm



EUCALIPTUS
100 x 81 cm



ESTUDIO CROMÁTICO
108 x 237 cm



CUADROS LÓPEZ

GALERÍA DE ARTE

C/ San Pedro, 7 · 30004 Murcia

DEL 5 AL 31 DE MAYO DE 2011

